

EL color del silencio

Daniela Herrera Obregón



Capítulo 1

Había silencio, un ensordecedor silencio. Creí escuchar mi respiración y mi corazón latiendo. Hacía frío, pues ya estábamos entrando al invierno. La naturaleza estaba callada, hasta el sol hibernaba. Un gris aguado cubría el cielo, opacando el poco verde de la naturaleza que quedaba por esos días. El frío recalcitrante, el frío en el piso, en mi nariz, en mis huesos, en cada ranura por la que se asomaba mi piel. El silencio pitaba en mis oídos, lo sentía inundarme. Parecía que el tiempo no existiera en ese lugar. El sol opacado y perezoso se asomaba tarde y se escondía pronto. Los perros guardados en sus casas y los cuervos que cruzaban el cielo, anunciaban la soledad. La gente decía que todo mejoraba en primavera, yo sentía la primavera como una promesa olvidada.

Llegué al borde del mundo en busca de una mejor versión de mi, creyendo que era cuestión del lugar. Para llegar allá era necesario montar un bus desde la ciudad más cercana, la cual quedaba a una hora. El bus sólo pasaba una vez al día y los caminos estrechos y lodosos hacían difícil y solitario el viaje. Las casas quedaban tan lejos la una de la otra que era preferible resguardarse en la compañía del fuego. Llegamos por primera vez en la madrugada, a eso de las 3 de la mañana, cegados por la noche de luna nueva. Uno de los trabajadores de la fundación nos fue a recoger al pueblo vecino ante la imposibilidad de llegar por nuestra cuenta a esa hora. Su amistad sería un enmarañado de favores e intereses implícitos, de esas que te hacen sentir sola. Al despertar la mañana siguiente, la luz confirmó lo que la penumbra susurró en la noche, estábamos solos.

El mundo estaba en pandemia, el miedo a morir nos había encerrado en nuestra mente. La diferencia de nosotros estaba en que nuestra prisión sería más amplia, más verde, más fría, más vacía. La ausencia de personas hacía el contagio algo casi imposible, por lo que me di la libertad de salir con tranquilidad a caminar, allá no había toque de queda, ni restricción que tuviera sentido.

Me permití explorar el lugar, caminar bajo el frío, con más ropa que piel encima mía, escuchando las cascadas de hojas movidas por el viento. Caminaba por la carretera de ese parsimonioso lugar, intentando encontrar una forma de entretenerme. Había sólo una vía, sólo dos posibles direcciones. Una de ellas siempre me llevaría de regreso a casa, la otra se ofrecía como el destino, único e inequívoco. No hay nada más determinante que una vía con un solo camino y, ante tanta determinación, queda explorar los detalles que brotan a los costados del borroso y estrecho camino. El agua corría por las orillas de la vía, formando pequeños riachuelos que desembocaban en praderas inundadas. Los árboles esqueléticos y áridos flotaban en esas praderas, como enraizándose en el agua. Los pájaros se veían despojados de sus frondosas cortinas en el invierno. Las nubes eran una sola gran pincelada

grisácea y la noche llegaba siempre sombría, de un negro mate imperturbable.

Las casas que interrumpían de vez en cuando el paisaje parecían pintadas dada su constante quietud. Sólo se desprendía un hilo continuo de las chimeneas y el olor a leña en el aire que llegaba frío a mí nariz. Seguir caminando implicaba entrar en un loop infinito donde se repetían casas, árboles, cercas una y otra vez. Al caminar, las piedras solían chillar al roce de mis botas, anunciando mi paso a la nada y cortando el pesado silencio. Para callar mis pasos, ralentizaba mi caminar, intentaba hacerme más liviana, más etérea. Blanquita, la perrita que nos acompañó desde nuestra llegada, no hacía ruido al caminar, su paso descalzo se mezclaba con las piedras, se mimetizaba con el agua que deslizaba por los canalillos del camino. Los árboles monótonos me invadían la vista y en algún punto descubrías que ya no había nada más, así que sólo queda girar para volver; como un yoyo o como un boomerang, condenados siempre a regresar. Mis compañeros se aburrieron de caminar a las pocas semanas, una cansada de la monotonía y el otro preso del frío se rindieron ante la soledad, se refugiaron en las cuatro paredes de sus cuartos; entendimos que la prisión por ese año sería nuestra mente.

Los primeros meses fueron entretenidos mientras descubrimos quiénes éramos y qué hacíamos ahí. Sin importar de dónde procedíamos, sin importar nuestras historias, privilegios o injusticias, llegamos huyendo. Ella de la única vida que parecía ofrecerle Colombia, él de una suerte o un karma pesado y oscuro que lo ataba al fracaso y yo de mi misma. Nunca experimenté la sensación del cambio de colegio, esa sensación de ser nueva, de desconocimiento mutuo entre el mundo y tú porque estudié toda mi vida en el mismo colegio. Esa nueva sensación me gustó, sentí por primera vez que podía moldearme tal como a una plastilina en mis manos y darme la forma que se me antojara, pero pronto me di cuenta que no era muy diestra con la plastilina.

Así se pasa el invierno, entre el olor a leña que adopta tu cuerpo y el frío que acompaña cada respiración. Con el tiempo, salir ya no era una opción, pues la lluvia hacía intransitables los caminos y el frío hacía insoportable existir. Quedaba pasar la quietud del tiempo mirando la leña tornarse naranja, escucharla estallar y chillar en la chimenea ante el roce del fuego; quedaba escucharse los pensamientos. Todo se torna más ruidoso dentro de ti en invierno, todo es más difícil de evadir. Pronto entendí que debía distraer mi mente, exigirle concentrarse en algo diferente a sí misma. Empecé a hacer ejercicio todos los días, tenía la idea de hacer tanto ejercicio, que no pudiera pensar en otra cosa más que mis músculos palpitando debajo de mi piel. Era como subir el volumen de los parlantes en mi cabeza, ahogando los pensamientos en el dolor de los músculos sobre- exigidos. En medio de la rutina de ejercicio solían colarse ciertos pensamientos, en esos momentos aceleraba el trote o me esforzaba aún más. Después de un tiempo, mi cuerpo ya acostumbrado al dolor, no me

ofrecía espacios de ruido, se sintonizó con el silencio y me encontré nuevamente acompañada del torrente de pensamientos que mantenía húmedo mi humor. En las noches el silencio era aterrador, se deslizaba debajo de mis sábanas y me respiraba en el cuello, un vigía custodiando mi insomnio. Vi como el silencio y la soledad crecían en las sombras. Sentí mis músculos asustados y petrificados ante la amenazadora soledad, me sentí sorda, presa del silencio.

¿Cómo escapar de ti? El alcohol, la droga, el amor, el sexo... nada es suficiente, ¿quién puede escapar de su sombra? Sentir que cada paso está condicionado por la falta de opciones, sentir que no te puedes sorprender de nada, que te sobra el tiempo para hacer exactamente lo mismo que ayer, que te entierras en la tierra y te vuelves árbol, inmóvil, paciente, observador. Empecé a dibujar árboles, raíces entretrejiéndose con mis venas, hojas brotando de mi cabeza. El campo no es lugar para una ciudadina. El verde se vuelve una pesadilla... tanto verde.

Mi cuerpo también empezó a adoptar esa capacidad de quedarse muy quieto, de mimetizarse con el silencio. A veces en las caminatas me adentraba en el espeso verde para llegar a un punto donde me pudiera acurrucar para volverme silencio y sentirme parte del paisaje. Incluso en estas circunstancias buscamos homogenizarnos, volver a esa unidad.

El silencio es amplio, recorre praderas y las cubre como manta. Tiene un color, una temperatura e incluso un sabor. ¿A qué sabe tu silencio?